

«Años graves»: *Un diario inédito*  
de Eduardo Marquina

Varias veces he insistido en que el teatro español contemporáneo es, quizá, el sector más desatendido de toda nuestra historia literaria: autores nunca leídos, escasez de bibliotecas especializadas... En general, falta de atención a los géneros dramáticos, a los locales, a las críticas de los estrenos, al repertorio, a la recaudación y el tiempo de permanencia en cartel de las obras, a los manuales de declamación, a las memorias de los hombres de teatro, etc. En el fondo de todo eso está, quizá, el foso que separa a nuestra crítica literaria, universitaria o no, del fenómeno teatral vivo. De hecho, parecen ser dos mundos que, por desgracia, apenas coinciden, salvo pocas excepciones. Por eso, la mayoría de los estudios son panoramas generales, más que análisis concretos, y se suelen limitar a lo histórico y literario, sin asomarse apenas a lo escénico.

Todo eso tiene, también, otra consecuencia concreta: se repiten juicios tópicos sobre autores y obras sin que casi nadie se tome el trabajo de revisarlos, después de una lectura actual y atenta.

Entre otros muchos, ése es el caso de Eduardo Marquina. No sólo se le recuerda poco, sino que se le suele «despachar» rápidamente con un juicio —favorable o adverso— limitado a un aspecto, a un género dramático (el teatro histórico) y hasta a una obra, *En Flandes se ha puesto el sol*. Es lógico, pero no es del todo justo. Y tampoco lo es condenar en bloque la obra poética y dramática de Marquina (igual que exaltarla en bloque, por supuesto) a causa de la ideología y actitud política de sus últimos años. Me parece que muchos profesores universitarios de literatura española ven en Marquina sólo al dramaturgo tradicional y franquista, sin tener noticia del joven catalán vinculado a movimientos renovadores —literarios y políticos— que mereció, por ello, alguna afable reconvencción de don Juan Valera.

Los libros dedicados a Marquina, por ejemplo, siguen siendo escasos: básicamente, la biografía de José Montero Alonso<sup>1</sup> y el estudio de conjunto de Manuel de la Nuez<sup>2</sup>. Además, es preciso consultar, entre otras, las críticas de Díez-Canedo<sup>3</sup> y Enrique de Mesa<sup>4</sup>, junto con el manual de Ruiz Ramón<sup>5</sup>.

E este año se cumplen los cien del nacimiento de Marquina. Si no estoy mal informado, muy pocos lo han recordado, con este motivo: salvo unas notas en los periódicos, únicamente el ciclo que he organizado en la Fundación Juan March de Madrid (mayo de 1979), con una exposición documental y conferencias de Francisco Ruiz Ramón —sobre su teatro— y Gerardo Diego —sobre su poesía.

Con esta ocasión, he revisado y ordenado algunos papeles y cartas del escritor. Entre ellos, he encontrado un largo fragmento de diario, inédito (por lo que yo sé), que ahora deseo dar a conocer. Está contenido en una libreta de tamaño de media cuartilla que comprende cincuenta hojas. En la cubierta, sobre un fondo gris oscuro, está pegada una etiqueta con esta inscripción:

«Años Graves.

I

11-XI-1918

12-III-1919.»

En la segunda de cubierta ha pegado el escritor una foto de su mujer; es una prueba más —una, entre tantas— de su deseo de asociarla a sus manuscritos. La primera página repite el título: «Años Graves.» Las páginas, de papel cuadriculado, están totalmente cubiertas, a mano, por el escritor. Al final, concluye la libreta a mitad de una frase: «Voy a.» Parece evidente que a ésta seguirían otras libretas semejantes (recuérdese el número romano de la cubierta) que todavía no he logrado localizar. En mi transcripción he procurado respetar la ortografía y la puntuación.

En el momento de este diario, Marquina es ya un escritor conocido. Ha estrenado con éxito, entre otras obras dramáticas, *Las hijas del Cid* (5 de marzo de 1908), *Doña María la Brava* (27 de noviembre de 1909) y *En Flandes se ha puesto el sol* (18 de diciembre de 1910). Ha hecho

<sup>1</sup> José Montero Alonso, *Vida de Eduardo Marquina*, Editora Nacional, Madrid, 1965.

<sup>2</sup> Manuel de la Nuez, *Eduardo Marquina*, Twayne Publishers, Boston, 1976.

<sup>3</sup> Enrique Díez-Canedo, *Artículos de crítica teatral: El teatro español de 1914 a 1936*, 5 vols., Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968.

<sup>4</sup> Enrique de Mesa, *Apostillas a la escena*, Ed. Renacimiento, Madrid, 1929.

<sup>5</sup> Francisco Ruiz Ramón, *Historia del teatro español. Siglo XX*, Ed. Cátedra, tercera edición, Madrid, 1977.

ya su primer viaje a América, con la Compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que llevaba en el repertorio, entre otras obras, *Doña María la Brava*, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Las flores de Aragón* (estrenada, esta última, el 30 de noviembre de 1914). Vuelve de América en mayo de 1917.

El mismo día en que se abre el diario, 11 de noviembre de 1918, se anuncia la renovación de abonos en el Teatro de la Princesa de Madrid (Compañía de la Guerrero y Díaz de Mendoza): en el repertorio de la temporada figuran obras de Benavente, los Quintero, Muñoz Seca, Rostand y Marquina.

El escaso éxito de su obra *El gran capitán* (estrenada el 30 de marzo de 1916) le ha llevado a interrumpir la línea de las obras históricas en verso. Por temer —él mismo lo dice— al «amaneramiento» de la fórmula estética se orientará hacia los temas contemporáneos y la prosa, con obras como *La alondra* (1918), *Dondiego de noche* (1918), *Alimaña* (1919) y *La extraña* (1919).

En el año en que concluye este diario, 1919, visita el París de la posguerra, bastante distinto del que conoció en su juventud. Tiene entonces cuarenta años: «nel mezzo del camin...» Es famoso ya, pero —lo vemos en este diario— su situación económica sigue siendo incierta; a veces se plantea obtener una cátedra, como le recomendó hace años Unamuno<sup>6</sup>, para obtener una estabilidad que le permita escribir sin agobios.

Este es un verdadero diario, escrito con naturalidad, sin énfasis, con multitud de pequeños detalles de la vida cotidiana. Hay referencias a figuras del teatro de la época (la Xirgu, Ricardo Calvo, María Guerrero, Vilumara, Martínez Sierra) y de la vida pública: Romanones, Cambó, Felipe Clemente de Diego, Salvatella, Luca de Tena, etc. No faltan los juicios literarios: el deseo de remontarse sobre Muñoz Seca, las críticas a Baroja, Martínez Sierra y López Pinillos... Los estudios de su hijo Luis le llevan a referirse a Castillejo y el Instituto Escuela, en párrafos que me parecen especialmente interesantes.

Estos son, para Marquina, «años graves», en la vida pública y en la privada. Lucha por su ideal de «dar un cauce a la vida» y tiene momentos de desánimo: político, literario y personal. Parte siempre de la paz de su hogar: la unión de familia y escritura, en su caso, es realidad básica, sin retórica. Se desalienta ante el caos permanente de la burocracia madrileña. Se angustia por la epidemia de gripe, que se extiende por España en los días de este diario: sólo el 22 de febrero de 1919 murieron 148 personas en Barcelona.

---

<sup>6</sup> Espero publicar íntegramente este epistolario, junto con otras cartas dirigidas a Eduardo Marquina.

En el diario se refiere a varias de sus obras y proyectos literarios. Doy aquí los datos de las principales, para facilitar su localización:

1) *Cuando florezcan los rosales* se estrenó en el Teatro de la Princesa en febrero de 1913 (la escribió el año anterior) y está dedicada así a María Guerrero: «Hay siempre en tus creaciones, sobre lo que es imagen y expresión de la obra escrita, “algo” que inspira y revela obras futuras. En realidad, te pertenecen éstas antes de existir. Y dedicártelas, según van apareciendo, es una restitución. Por lo que tiene de justicia, acepta.»

Figura en las *Obras completas*, tomo II, Madrid, ed. Aguilar, 1944.

2) *La morisca* está publicada en el mismo tomo; es un drama lírico en un acto, de 1914, dedicado «A nuestros moriscos en el pasado, en el futuro, en tierras de España allende el mar, recogiendo en taza de barro las lágrimas de su queja secular, dolorida y sumisa, esta canción consagro y dedico.»

3) *Alimaña* es de 1919, en cuatro actos, y está incluido en el tomo III de las *Obras completas*, 1944.

4) *El estudiante endiablado* es una leyenda dramática en verso, en tres actos, estrenada en el Teatro María Guerrero de Madrid el 12 de febrero de 1942.

5) *Tierras de España* es un libro de poemas incluido en el tomo IV de las *Obras completas*, 1944.

6) *Un caballero desconocido* está incluido en el tomo VII, también de 1944.

Son, también, «años graves» en la vida pública, con acontecimientos que no pueden dejar de afectar a cualquier ciudadano responsable. Ante todo, el diario se abre con la firma del armisticio, al final de la primera guerra mundial. Por supuesto, la neutralidad oficial no ha impedido que los españoles sigan con pasión el curso de la guerra y que los intelectuales se hayan dividido en aliadófilos —la mayoría— y germanófilos. Por eso, en estos días, se producen manifestaciones de júbilo y no sólo en las grandes capitales; los periódicos nos informan de los actos que tienen lugar en Pontevedra, Alcoy, Ferrol, Sanlúcar... En Madrid, el día 14, tiene lugar un banquete monstruo en celebración de la paz, organizado por Prensa Gráfica.

El rey Alfonso XIII dirige este telegrama al presidente de la República Francesa, Poincaré: «Al firmarse el armisticio, deseo, mi querido presidente, felicitaros de todo corazón por haber llegado al fin de esta gloriosa epopeya del ejército y de la nación francesa, que nos han enseñado a todos lo que son el valor y el patriotismo. Creed en mis sentimientos particulares afectuosos. Alfonso R.»

A la vez, el diario nos muestra cómo el catalán Eduardo Marquina vive con honda preocupación el problema de la autonomía catalana, que ahora se plantea con caracteres especialmente virulentos. Dejando a un lado los antecedentes y las consecuencias, recordemos telegráficamente algunos de los hechos que se producen sólo en los días que cubre este diario, tal como los refleja la prensa de la época.

El 11 de noviembre han jurado sus cargos los componentes del nuevo gobierno, presidido por el marqués de Alhucemas y en el que figuran, entre otros, Romanones, como ministro de Estado, y Julio Burell, de Instrucción Pública.

El día 14, los republicanos piden la autonomía integral de Cataluña, en un documento firmado por Domingo, Castrovido, Marraco, Nogués, Moles, Albert y Santa Cruz. Dos días después se celebra en Barcelona un importante acto para pedir la autonomía: se trata de entregar a la Mancomunidad el plebiscito en el que los ayuntamientos de Cataluña piden la autonomía de la región. Hablan Cambó y Puig y Cadalfach. Después, Maciá sale al balcón de la Diputación y dice: «Después de esta manifestación, no habrá bastante con la autonomía; hemos de ir más adelante, hasta llegar a la independencia.» Se producen entonces varios incidentes, una manifestación y tiros. A la vez, el Partido Republicano Nacional de Lerroux pide el poder y publica su manifiesto, que propugna también la autonomía federal, firmado por Lerroux, H. Giner de los Ríos, Roberto Castrovido, Marcelino Domingo y Manuel Marraco.

A partir de aquí, la cuestión de las autonomías se une a los problemas sociales y políticos nacionales. Estalla la huelga general en Asturias el 17. El editorialista de *ABC* admite: «Si España no tiene medio de evitar que Cataluña sea independiente, esa independencia debe ser otorgada...» A la vez, se produce la reacción; por ejemplo, un mitin de unión de las derechas: «conservadores de todos los matices, integristas y jaimistas y los obreros católicos se suman patrióticamente ante la amenaza revolucionaria».

El tema llega a los caricaturistas. Así, el chiste de Sileno titulado «El gorro catalán». Gedeón pregunta: «¿Pero tú sabes, Calínez, cómo se pone esto?» Y Calínez responde: «¡Ya lo creo! ¡Cada vez peor!» (*ABC*, 20-XI-1918). Una semana después, el mismo caricaturista insiste, bajo el título «El tabor nacional», con la imagen de un jarrón destrozado y la leyenda: «Perfectamente; ya está hecho cincuenta mil pedazos autónomos» (*ABC*, 27-XI).

En efecto, las aspiraciones autonomistas se plantean duramente también en Valencia y Vicaya. Pero Cataluña sigue yendo en primer lugar. Cambó plantea en el Congreso el problema de la autonomía política para Cataluña, a la vez que Marcelino Domingo proclama «la crisis de la monarquía». El propio Cambó de una conferencia en la

madrileña Academia de Jurisprudencia sobre «La solución autonomista del problema catalán», propugnando la fórmula federalista como la más perfecta, a la vez que, acompañando al presidente de la Mancomunidad catalana, entrega al jefe del Gobierno las bases de la autonomía. Sileno ironiza sobre esta solución «integral»: «Tijeretas han de ser» (cortando Cataluña del mapa de España). Pero los republicanos catalanes, en el Congreso, disienten de ese documento porque lo consideran insuficiente, mientras surge el rumor de un acuerdo entre Cambó y Romanones. Se produce una crisis de gobierno y Romanones forma el nuevo.

A la vez, surgen las reacciones. Por un lado, las conferencias: el ex diputado provincial y ex gobernador de Gerona don Juan Prida habla en el Centro de Hijos de Madrid sobre el tema «La autonomía integral de Cataluña representa el deshonor y la cobardía de España». En Palencia surge un movimiento de oposición a la concesión de la autonomía a Cataluña y los comerciantes se comprometen a no comprar ningún género de artículos de comercio catalanes. El día 6 de diciembre, las Diputaciones castellanas y leonesas dirigen al Gobierno un mensaje en el que denuncian que «la propaganda corrosiva que disfrazándose con los nombres de regionalismo, autonomismo y nacionalismo, encubría más hondos fines, se ha arrancado la máscara...» Piden una descentralización económico-administrativa, pero proclaman su «oposición terminante y categórica a que ninguna provincia o región de España obtenga autonomía que envuelva merma en el Poder único y soberano de la nacionalidad española. En este sentido, Castilla considera el separatismo disfrazado como una gran desgracia nacional y, por ello, antes de consentir o pasar por disgregaciones simuladas de parte del territorio español, apelará, en defensa de su integridad, a cuantos medios las circunstancias impongan».

En su diario, Marquina se refiere con tristeza a la manifestación del día 9 de diciembre, convocada en Madrid por el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial «en defensa del interés colectivo de la nación frente a las aspiraciones de autonomía integral solicitada por los representantes de la Mancomunidad catalana». Todo culminará, en el Congreso, con un famoso discurso de Maura y la retirada del Parlamento de los diputados regionalistas, nacionalistas y republicanos catalanes. A la vez, se producen graves sucesos en Bilbao y Barcelona, el Gobierno acuerda el 14 de diciembre suspender las sesiones parlamentarias y adoptar medidas para restablecer el orden público. En los meses de enero y febrero de 1919, el debate parlamentario sobre el proyecto de autonomía de Cataluña coincidirá con graves incidentes y huelgas (luz, agua, gas) en Barcelona, huelga de panaderos en Madrid, declaración del estado de guerra en ambas ciudades, huelga general en

Barcelona, suspensión de las garantías constitucionales en toda España...

Este es, más o menos, el telón de fondo sobre el cual está escribiendo su diario Eduardo Marquina. Disculpe el lecto la ristra de datos periodísticos, pero créame que he tenido que frenarme para no dar muchos más. El tema —creo— es apasionante, sobre todo visto desde nuestra perspectiva de 1979. Además, me parece que estos recortes, sin más comentario, evocan el ambiente que vive Eduardo Marquina y explican muchas de sus angustias y vacilaciones.

Sin desmesurar su importancia, quizá esta libreta-diario sirva para comprender un poco mejor la personalidad humana y literaria de Eduardo Marquina, al margen de énfasis declamatorios. Vemos en él al escritor que, todos los días, inicia regularmente su tarea a las seis y media de la mañana y se asoma al balcón para ver la ciudad, al comienzo de la jornada laboral. Me gusta especialmente esta mirada atenta a los paisajes urbanos, que me recuerda algo la pintura post-impresionista: Casas, Nonell, Marquet... En todo caso, este diario nos puede servir para asomarnos a un momento histórico de singular importancia, así como a los proyectos y desalientos de un escritor que va a cumplir los cuarenta años.

Leamos, ahora, el texto del diario de Eduardo Marquina.

## AÑOS GRAVES

**11-XI-1918.** Se aceptan por Alemania las condiciones de armisticio impuestas por el mariscal Foch.

En el Palace Hotel, frente a la casa en que yo habito, han enarbolado todas las banderas aliadas. Además, la bandera española y el pendón morado de Castilla. Hemos salido a la terraza a contemplar mejor aquella lista de colores vivos, en el aire gris de esta mañana otoñal. Y hemos callado los tres un momento.

También he visto, durante el día, en los divanes del *hall* de mi hotel, unas muchachitas francesas acompañadas de un mocetón que debía ser su hermano. Este llevaba una minúscula banderita francesa en la solapa de la americana.

A últimas horas de la tarde, un enjambre de chiquillos ha desfilado por la calle de Medinaceli gritando: «Ha terminado la guerra, ¡viva!, ¡viva!»

Hasta ahora, los periódicos no hablan tanto del armisticio como de la fuga del Kaiser y de la revolución alemana.

Pero en Madrid no se tuvo noticia oficial del armisticio firmado hasta la tarde. Veremos la prensa de hoy.

Hoy, en España, una grave inquietud. Yo estoy en contacto estrecho con regionalistas y catalanistas y con republicanos.

Estos últimos proyectan para hoy, en las Cortes, un acto que creen podrá tener trascendencia. Presentarán una proposición, pidiendo la abdicación del Rey. El presidente del Congreso, señor Villanueva, ha tomado medidas enérgicas y previamente represivas, que pueden ser contraproducentes.

Los fragmentos del partido republicano español tratan de unirse bajo el «mando único» de Lerroux.

Yo no creo que tengamos Monarquía para mucho rato, si esta Institución no da de sí energías rectoras y vivas. Pero no creo que este Lerroux y estos republicanos de hoy tengan que ser los promotores de una nueva etapa española.

Me preocupa la iniciación de mi hijo en los estudios secundarios. Esta mañana he estudiado atentamente el programa del Instituto-Escuela, recientemente creado por la Junta de Ampliación de Estudios, en virtud de un Real decreto del pasado mayo.

Me ha satisfecho completamente y creo que es una noble tentativa.

He visto, esta tarde, a Enrique Moles, muy metido en todas las iniciativas y empresas de la Junta. Trato de lograr que admitan a mi hijo en el Instituto-Escuela, aunque ha expirado ya el plazo de la matrícula que está dos veces cumplida y aunque dicho Instituto-Escuela lleva ya un mes de curso. No parece que sea muy posible.

Mañana visitaremos Enrique y yo al señor Castillejo, quien parece ser el árbitro de las cosas del Instituto-Escuela.

De todos modos, haré lo que pueda y no pueda para lograr que mi hijo ingrese en la órbita de estudios y empresas de la Junta de Ampliación. Creo que es hoy lo mejor y más bien orientado en materia de educación y enseñanza.

He comprado las *Horas solitarias* de Pío Baroja. Me habían hablado de ellas Miguel Ródenas y mi hermano Rafael. He comprado también unos libritos editados por Alfonso Lemere, con versos de Corneille; poesías y poemas de Leconte de Lisle y una antología de poesías sobre la rosa.

Hemos empezado mi mujer y yo la copia a máquina de mi último drama, *La alimaña*, escrito para Margarita Xirgu.

He empezado el plan de una nueva obra dramática, que aún no tiene título.

He hecho un estado minucioso de mis deudas, que ascienden hoy a 8.523 pesetas.

Tengo un buen ánimo, pero sin orientación fervorosa ninguna.

**12-XI, 9,15 de la mañana.** Acabo de llamar a Mercedes y a mi hijo, que aún dormían. El día, que amaneció cubierto, empieza a levantarse. Frente al balcón de mi despacho, en la plaza de las Cortes, esquina a la antigua calle del Junco, una castañera acaba de plantar su hornillo y sus trabajos. Va arrebujada en un mantón pardo y se calienta a un sol blanco y débil todavía. Hay una suave neblina sobre los tejados y terrazas de Madrid. Humean todos los respiraderos y chimeneas sobre las casas.

Desde mi balcón puedo contar hasta seis otros balcones en que flamean banderas españolas y aliadas.



Humea como ninguna, de un humo espeso y denso, la gorda chimenea de la calefacción en el edificio del Congreso, enfrente de mí. No puedo evitar una proyección brusca de mi pensamiento hacia lo que pueda ocurrir esta tarde. *Esencial*, ahí, nada. Pero...

He abierto mi balcón para despejar y cambiar un poco el aire en mi cuarto, donde he estado escribiendo desde las seis y media.

Están acabando de adoquinar la extensa y agradable plaza de las Cortes. Se ha encargado de ello una empresa catalana de cementos y pavimentación: la casa Miró y Trepoc.

Lo está haciendo escrupulosa y admirablemente. Ayer lo oí comentar y elogiar en un tranvía.

El suelo de esta plaza está lleno de montones de pétreos adoquines.

Pienso que siempre que hay motín y asomada en las calles, coincide fatalmente con el suelo levantado y estos montones de proyectiles rudimentarios en la vía pública.

Y otra proyección de mi pensamiento vuelve a sumirme en las dudas y el ansia de lo que ignoro si pasará...

Estoy suscrito a dos periódicos: *El Sol*, que fue una esperanza, y el *ABC*.

Casi todos los días, a estas horas, ya me han servido el *ABC*. Hoy se retrasa un poco.

**A las seis de la tarde.** Nada. Ni los adoquines. Ha habido grupos de curiosos y mirones toda la tarde alrededor del Congreso. Algunos silbidos. Algunas carreras. Una carga.

Desde que ha oscurecido, una mayor audacia en los deambulantes y en los estáticos. Guardia municipal a pie y a caballo mantiene despejados los alrededores inmediatos del Congreso.

Yo he oído a gentes que corrían, escapando de un municipal a caballo, estos gritos: ¡Muera Alfonso XIII! ¡Viva la República!

**Una menos cuarto de la madrugada.** Me había acostado temprano. Me despiertan gritos, aplausos, aclamaciones lejanas. En el alto silencio, ese barullo sordo adquiere un relieve y un poder de sugestión extraordinarios.

Desde mi corazón hasta aquel fondo sonoro de la lejanía y de la noche se abre una pista vagamente encendida por donde mi fantasía cabalga unos instantes.

Mercedes, despierta hace rato, me dice que el griterío y los aplausos vienen durando desde hace unos minutos.

Me levanto. Ahora se acercan los gritos y las aclamaciones.

Abro un balcón que da justamente enfrente de la entrada del Palace Hotel.

Habrán, en la calle, apretadas en grupo alrededor de la puerta del Palace, hasta 300 personas que ahora han callado bruscamente. Desde el atrio del hotel alguien les está dirigiendo la palabra.

Una voz indeciblemente enfática y entonada acaba, al abrir yo mi balcón, la siguiente frase:

«¡... los partidos republicanos españoles, en su próxima cercana actuación...!»

Después de la palabra actuación ...que a mí me parece tan administrativa y falsa para terminar una arenga a turbas que están en la calle— se reanuda la ovación estrepitosa.

Los que están en la calle se arremolin y levantan los brazos para gritar.

El que les dirigió la palabra..., ¿Lerroux?, debe haberse internado en el hotel.

Un piquete hasta de quince municipales a caballo está inmóvil, detrás del grupo, como los gauchos que acaban de hacer un rodeo. También veo un pelotón de municipales a pie: diez o doce.

Oigo vivas a la República y este grito: ¡viva el maximalismo ruso! Me parece idiota y beocio este pedazo de multitud berreando...

El grupo se deshace en dos o tres minutos.

Los rezagados, que serán unos cincuenta, se dejan persuadir por los guardias de a pie.

Antes de volver a acostarme doy un vistazo a mi despacho tranquilo.

Escribo esta impresión, desagradable en el fondo. Nada de nada.

**13-XI-1918.** La impresión de la paz es compleja. Un poco, como si el enemigo se hubiera volatilizado como un gas... Un chasco.

Hoy he leído unas líneas de Wilson —mensaje a las Cámaras de su nación, me parece— que contrasta bastante con la literatura francesa de los primeros momentos de la paz..., si viene la paz.

Cuando, volviendo de La Habana, hice el viaje con una porción de norteamericanos que venían al frente, a las ambulancias de la Cruz Roja (abril 1917), tenía la involuntaria sensación de que aquellos mocetones poco precavidos, venían a ser *roulés* en la vieja Europa egoísta.

¡Y han hecho tanto los Estados Unidos! Lo han hecho todo, puesto que han hecho el triunfo. Y además gallardamente, caballerosamente... Para que ahora les regateen. La libertad de los mares, no. La paz norteamericana, no.

Y me dicen: «Sabe mucho Inglaterra..., ¿ve usted?... Ya es ella quien lleva la iniciativa de las negociaciones.» Y yo creo que, en efecto, sabe mucho; sabe como una vieja cargada de años y de cinismo.

No tengo todavía resuelto el problema de la educación de mi hijo.

Llevo dos días en algún contacto con las gentes de la «Junta de Ampliación de Estudios». Tengo sobre mi mesa la memoria de su trabajos en el curso 1916-1917.

Hacen mucho estas nobles voluntades. El Instituto-Escuela en cuya secretaría estuve ayer, creo que ha de ser un éxito. Pero es una cosa lógicamente empezada por el principio, con niños de once años, a lo sumo doce; y mi hijo tiene catorce cumplidos y además la formación y el carácter de un muchacho de dieciséis.

Me queda por ver la Residencia de Estudiantes, que visitaré hoy o mañana.

Mi hijo permanece un poco al margen de todos estos pasos y andanzas mías en busca de mi ideal educación. Tiene un recelo espectante, defendiendo con un poco de alarma la libertad de que ahora usa.

Yo ando preocupado. Lo que yo habría deseado no lo encuentro.

Creyendo que se acercan días graves para la vida política española, envié el día 10 de este mes mi adhesión política al conde de Romanones, de quien espero una gestión franca y bien orientada, porque así viene desenvolviéndose en todos sus pasos, desde su carta al Rey, pronunciándose contra la mentalidad pasiva y amorfa.

Ayer me entregaron una tarjeta del conde, respaldada por un secretario: «Muchas gracias por su cordial enhorabuena y reiterada adhesión.»

Me parece bastante poca cosa. Pero sigo.

He llegado a estar tan sólo, que yo creo que nadie cuenta conmigo para nada.

**14-XI-1918.** Ha amanecido un día hermoso. En la plaza de las Cortes los operarios de Miró y Trepoet acaban de colocar meticulosa y reciamente los últimos adoquines simbólicos.

Veo en los balcones diez o doce banderas más.

Hay una neblina gris, ligeramente amoratada, que me oculta todo el segundo término de los tejados de Madrid.

Estoy bien impresionado de la Residencia de Estudiantes, en uno de cuyos grupos ingresará mi hijo para hacer sus estudios secundarios, modestos, con una especialización científica también modesta.

Paso un momento terrible de penuria y casi de miseria. A mis deudas, cuyo estado hice el día 11, deberá añadir desde mañana 800 pesetas que me ha prestado Rafael. Esto me ha producido una cálida animación cordial. Pero sigo muy desconcertado.

He recibido unas líneas de Ricardo Calvo, que desea verme y estrenar algo mío en el Español. Voy a ver si puedo hacer de prisa para él mi drama ya planeado a medias sobre *El estudiante endiablado*.

Un día, el de hoy, amargo y desolado: más amargo y desolado que otros.

**15-XI.** Margarita Xirgu me avisa que al pasar de Valladolid a Zaragoza se detendrá unas horas en Madrid.

He estado a verla y he podido comprobar y confirmar la buena impresión que me pareció que recibía cuando, días pasados, le leí *La alimaña*. Vilumara pintará las cuatro decoraciones. Hemos fijado el estreno para el mes de febrero en Granada.

He estado a despedirla; salían hoy para Barcelona los diputados catalanes.

Vuelve a hablarse de crisis y creo que al regresar de Barcelona, Cambó y Ventosa traerán la clave de una nueva situación.

Vamos, por de pronto, a la autonomía de Cataluña en plazo breve.

Sigo planeando *El Estudiante*.

Ha llovido todo el día.

**16-IX.** Acompaño a mi hijo Luis a la Residencia de Estudiantes. Le presento a su director. Visitamos la casa, la biblioteca, los comedores, algunas aulas.

Está una mañana triste y lluviosa; a pesar de ello el buen aire cordial del director, señor Santullano, y el aire de libertad que tiene la institución, parecen ejercer una influencia gustosa en el ánimo de Luis.

Va a estudiar Matemáticas, Química, Física, Historia Natural y Dibujo. También alguna asignatura de letras.

Empezará sus estudios el martes próximo —en un régimen de medio-internado—. Cenará y dormirá en casa.

**17-XI.** En todo el día ha cesado de llover. Yo no he salido de casa hasta muy cerca de las ocho de la noche. He estado a ver a Emilio Junoy, que me obliga a darle mi palabra de escribir unas escenas y unos cantables que el invierno pasado le ofrecí para un proyecto suyo de opereta.

**18-XI.** He empezado con gusto ese entretenimiento de la opereta.

He acabado de leer las *Horas solitarias*, de Baroja. Es inferior a *Juventud, egolatría*. Con la inferioridad que va, dado un temperamento como el suyo, de un escape espontáneo y original de fuertes sentimientos comprimidos, una vida, a los efectos calculados y a las combinaciones previstas de una actitud adoptada.

Es sorprendente la *obcecación* categórica de Pío Baroja.

**19-XI.** A las siete de la mañana he despertado a Luis, que dormía como un bendito. Hoy empieza sus estudios en la Residencia. Pasará todo el día fuera de casa: almuerzo y merienda allí.

Esto es un acontecimiento en mi pequeño interior.

Su madre y yo nos pasamos el día esperándole.

Ha regresado a las seis. Más bien desencantado; pero no hay que hacer mucho caso de esta primera impresión. Dice que no responde lo que es la Residencia —tal como él la ha visto hoy—, a lo que suponíamos por nuestra primera visita.

Sobre todo le ha impresionado mucho, desmoralizándole, el ver que los demás muchachos toman las horas de clase como un pasatiempo y como una diversión. «No les importa nada saber.»

Los maestros van mal vestidos y sucios.

Las clases no duran bastante: es un desfile demasiado rápido y poco serio de materias distintas, apenas entrevistas.

Se juega demasiado rato.

Creo que mi hijo ha entrado en un medio inferior al concepto que ha ido formándose en casa de la vida y del estudio.

Estoy perplejo: no hay nada en España.

**20-XI.** Sigo trabajando en la opereta, con gusto.

He estado a ver un pisito. No puedo continuar pagando el dineral que ahora pago por éste de la plaza de las Cortes en que vivo. Tampoco se encuentran en Madrid pisos sencillos y serios: todo es apariencia, perifollo y miseria.

Esta tarde he ido a ver el estreno de una obra de Martínez Sierra: *Sueño de una noche de agosto*.

Una comedia hecha de mil recuerdos de otras del mismo autor y de autores conocidos. Una cierta audacia en determinados efectos cómicos a lo farsa norteamericana. Mucho tino, cuidado, medida y cautela en manejarlo todo. Ha tenido buen éxito y a mí me ha gustado. A Mercedes, también.

Hay en la obra un tipo inmoral, de abuela cínica en blando, que no sé cómo ha podido caber en la cabeza de nadie. Es una cosa sucia y dulce: caramelo con microbios o caldo de microbios con azúcar. Se salva porque su actuación es de *resorte* para los demás, y porque lo único que no hace nuestro público es *juzgar* lo íntimo, lo mental, lo moral de los personajes de teatro. Va al perifollo, a lo accesorio, a la verosimilitud del juego, a lo que dentro y fuera es fachada, como en los pisos.

**21-XI.** Devolví hace cuatro o cinco días a Rafael sus 800 pesetas. Yo he recibido de Nini un anticipo o préstamo de 1.200 y así he podido, como dice mi mujer, ir tapando algún agujero.

Empieza a hacer frío. Hoy pienso escribir algunas cartas. La opereta va marchando.

**22-XI.** Ha comido con nosotros Jerónimo Granell, un muchacho que había sido novio de María Teresa. Es un hombre interesante y digno de toda estima. Un ejemplo de voluntad, lleno de vida interior. Han reñido él y María Teresa. Creo que ambos siguen queriéndose y sufren por amor. A pesar de mis esfuerzos por convencerle, no logro hacer vacilar la firmeza de propósito de este hombre. Me interesa la situación de estas dos almas.

Mercedes y yo acabamos nuestra tarde impresionados y un poco melancólicos, porque habíamos esperado vencer la resistencia de Jerónimo y hacer algo por la felicidad de María Teresa.

Luis ha comido con nosotros. Por la tarde ha vuelto al colegio.

**23-XI.** He escrito a Granell una larga carta, volviendo a mis instancias de ayer. Ha venido esta tarde María Teresa, que ya no espera más que lo que pueda determinar nuestra intervención.

Luis empieza a estar mejor avenido con su Residencia. Se divierte con algunos de sus compañeros y nos repite chistes y sucesos de las clases.

Le interesa mucho la clase de dibujo lineal. Ha empezado a dibujar un cojinete de una máquina y está contento.

También nos habla de una lección de Física y de prácticas de Química en el laboratorio.

Come como un bárbaro y está contento. Bendito sea Dios.

**24-XI.** Ayer noche fuimos a cenar a «Los Gabrieles». Un cocido y unos cuantos «aliños» andaluces. Nos reuníamos para leer lo que tengo ya terminado de la opereta. Unas dos terceras partes del primer acto. Ha venido mucha gente. Entre ellos, dos empresarios de teatro que se han entusiasmado con la obra. Ha estado también una cantaora (La Teresa), que nos ha cantado unas coplas andaluzas.

Me parece que, si nos damos prisa en acabarla, esta opereta puede dar algún dinero.

Nos hemos acostado muy tarde.

A primera hora de esta mañana he recibido un telefonema anunciándome que llegarán Nini, Zenatello, María Luisa y Luisa, y probablemente Pepito, mi sobrino, mañana lunes. Los primeros pasarán aquí un par de meses para tomar parte en las funciones del Real, y mi sobrino viene a mi lado para hacer su educación parecida a la que pienso darle a Luis.

Mercedes y yo pasamos la mañana disponiendo la casa para esta invasión familiar.

Por la tarde nos acompañan, desde última hora, y cenan con nosotros, Rafael y Conchita.

Algo de nuestra paz idílica se esfuma en el aire en este final de día. Yo siento en mí la tristeza del hecho, que no puedo evitar: no tenemos ni el dinero ni la situación de independencia que da el dinero para poder zafarnos a estas bruscas dominaciones de la familia, que disponen, sin darse cuenta, de nuestra vida cuando quieren. Decidimos, con Mercedes, agujerear un poco el ambiente de confusión y baraúnda que habrá en la casa y encontrarnos en el fondo iguales a nosotros mismos.

Duermo inquieto hace unos días, esperando este acontecimiento. Lo que no he podido evitar.

**25-XI.** Han llegado. Toda ponderación es poco para pintar la dispersión de la vida diaria que parece que se nos va de en torno y nos deja el alma tiritando.

En todo el día he podido hacer otra cosa que atenderles y facilitarles mil complicadas minucias que forman el desorden de los que no han dado un cauce a su vida.

Ahora, como en un vaso agitado, todo son heces en la atmósfera de mi alma. Esperemos que se serene y clarifique todo con el tiempo.

Hace un par de días hemos hecho renuncia a la parte de herencia que legalmente nos correspondía de mamá. Esta dejó una carta, al morir, manifestando su voluntad de otorgar *todo lo que poseía* a sus dos hijos, Ricardo y Luis.

Se ha dado cumplimiento a esta voluntad. El día en que debió hacerse la renuncia no teníamos nosotros más que deudas y así seguiremos luchando Dios sabe hasta cuándo.

**26-XI.** Parecido al de ayer el día de hoy. Yo no he reaccionado todavía.

**27-XI.** Esta mañana he trabajado en la opereta dos horas escasa. Voy a ver si, durante el día, escribo unas cartas de negocios y termino la copia de *Alimaña*. Me perturba más el desorden en casa que una enfermedad.

Apenas he copiado unas diez páginas de *Alimaña*.

**28-XI.** Nini y Zenatello traen a Madrid el proyecto de montar un hotel *meublé* en sociedad con un veronés amigo de ellos. Precisamente han escogido para hacer este negocio los terrenos donde iba a levantarse, por cuenta de una gran sociedad escocesa, una casa enorme; la primera en Madrid que tendrá diez pisos. El arquitecto encargado de la obra es Espe-

lius, amigo mío. Me había ofrecido mostrarme la planta de los últimos pisos de dicha casa, para hacer en ella las modificaciones que yo le pidiera y proporcionarme así un pisito a mi gusto que yo hubiera alquilado en el acto, porque no había de ser extraordinariamente caro: desde luego, más barato que el que hoy habito.

Toda esta combinación agradable cae deshecha con el proyecto de Zenatello.

No obstante, como el administrador de la futura casa y el arquitecto encargado de construirla les habían dicho mi petición, Zenatello medio me ha dado a entender que en el proyectado negocio habría un huequecito para mí. Dios se lo pague si así lo hacen y si, descargado yo en tanto del apremio diario, puedo finalmente escribir con sosiego y sin codicia de lucro. Estos son mis años graves; lo que en ellos no haga se habrá perdido definitivamente y cada día el cerco de la necesidad se aprieta, forzándome a echar sobre el cerco mis ideas a medio formar. Estoy enfermo de inquietud interior. De falta de paz.

No hay modo de encontrar para mi sobrino Pepito ni un plan satisfactorio de educación, ni un centro en que la reciba. Su edad (dieciocho años y medio) es un obstáculo para entrar en el grupo de niños de la Residencia. Por otra parte, su madre no quiere recluirle en la misma Residencia (grupo de universitarios), donde no hay más que internos. Es un conflicto difícil de solucionar y otra preocupación en mi vida. De todos modos, este muchacho, que no se ha formado en mi casa y que desde ahora tendrá que ser parte en ella, viene a romper sin remedio una porción de íntimas armonías, usos y órdenes limpios y perfectos que hacen de mi interior un cristal de rayo sereno. En semejante cristal toda motita es una arruga inquietante.

Después de un sinfín de peripecias sentimentales y tristes, María Teresa, que ayer tarde no vino a vernos, nos hizo saber que tiene buenas noticias que comunicarnos. Acaso Granell haya cedido en su enojo. Nos hemos alegrado Mercedes y yo.

**29-XI.** He logrado hacer admisible a Nini, la idea de recluir a Pepito, su hijo, en el grupo de universitarios de la Residencia. Tendrá una libertad absoluta si sabe utilizarla bien. Se preparará algún tiempo, para trasladarse luego a Zurich y hacer su carrera de ingeniero.

He recibido un telefonema de la Xirgu reclamándome las copias de *Altmaña*. Había descuidado un tanto este trabajo material que mañana reanudaré.

**30-XI.** Creímos que todo estaba a punto para que mi sobrino Pepito ingresara en la Residencia el jueves que viene. Ahora resulta que no hay plaza y que todos los pasos que dimos estos días sirven únicamente para entrar en turno de solicitud.

Tendré que hacer algunas visitas entre el Patronato o Junta de la Residencia para ver si es posible llegar a un acuerdo.

**1 diciembre 1918.** Ha hecho un día soberbio. Han almorzado con nosotros Rafael y Conchita.

He preguntado a Rafael algo de política. En concreto nada puede predecirse, sino el disgusto y la inquietud generales. Además, la falta de una decisión colectiva, salvo el caso de Cataluña.

No hemos salido de casa.

**2-XII.** He pasado el día entero dando los últimos retoques y copiando *Alimaña*. Todavía me queda labor para mañana.

**3-XII.** Hemos terminado la copia de *Alimaña*, en que Mercedes me ha ayudado ayer y hoy.

**4-XII.** A las seis, noche cerrada todavía, riegan abundantemente, con largas mangas de riego, la Carrera de San Jerónimo. A esas horas, recién levantado, yo abro el balcón de mi despacho y me gusta fumar el primer cigarrillo del día, en medio de esa fría oscuridad.

En toda la calle del Marqués de Cubas —frente a mi balcón— sólo hay como alumbrado las lamparillas que han sacado a las puertas de sus casas, por mandato del alcalde, los propietarios de ellas. Lo mismo ocurre con la Carrera de San Jerónimo.

En la plaza de las Cortes, el Congreso deja encendidos, en dos de sus ventanas, dos grandes arcos voltaicos. A esa luz, el chorro de las mangas de riego blanquea marmóreo.

Pasan los primeros tranvías, totalmente vacíos a estas horas. Recuerdo que, en París, hace unos años, a estas mismas horas y más temprano, los grandes eléctricos del Boulevard de la Sansray paraban atiborrados de obreros, entre la niebla.

Yo escribía por entonces y a aquellas horas *Cuando florezcan los rosales y Tierras de España*.

Hee nviado a Margarita dos copias de *Alimaña*: una para ella y una para Vilumara, que tiene que pintar el decorado.

Ha caído anteayer el ministerio liberal que se constituyó hace unos quince días. No aparece por ninguna parte una solución. Cataluña ha pedido la autonomía integral, con soberanía para regirse en lo íntimo y peculiar u orgánico de sí misma.

**5-XII.** He empezado a clasificar y ordenar mis papeles de América.

**6-XII.** Aparece, por fin, posible una plaza de estudios para mi sobrino. Ingresará en la Residencia cuando tenga plaza; además, por consejo de Enrique Moles, un profesor particular le preparará para su ingreso en Zurich.

He almorzado con el duque de Tovar, que me ha proopuesto algún trabajo de colaboración para el teatro. Me ha recibido sencilla y amistosamente.

La duquesa y sus hijos son encantadoramente buenos.

Hemos leído, después de almorzar, en el estudio del duque, versos de Bécquer y la balada del «Caballo alazán», de *En Flandes*.

El duque me ha dejado en casa a media tarde.



Mariano, mi hermano, que, pensionado para los Estados Unidos por el Gobierno, tiene que salir un día de éstos, me esperaba en casa con mucha inquietud; porque, al parecer, sale mañana para Barcelona y todavía no tiene recogido el dinero que necesitan para el viaje él y su mujer.

Mariano es un muchacho bueno y tímido que en esta ocasión estaba un poco aislado de la familia, porque se casó, a disgusto de todos, con una mujer de más edad que él, de posición modesta; pero a quien idolatra.

Yo no le he hecho ninguna oposición.

Le ayudo cuanto puedo a encontrar el dinero que necesita.

Esta misma tarde le acompaño a casa de Rafael, que no está en Madrid, pero hacemos un plan con Conchita y esperamos salir con bien.

**7-XII.** A las ocho de la mañana ha venido Mariano. Conchita le entregó ayer 150 pesetas. Mercedes y yo le entregamos 150 más.

Zenatello ha firmado para él un cheque de 50 dólares sobre Nueva York y Nini, además, le ha dado buenas cartas de recomendación.

En seguida Conchita y yo hemos tenido en el Palace una entrevista con Juan Moles, que ha prometido para el lunes, en Barcelona, 200 pesetas.

Así únicamente faltarán para su tranquilidad 100 pesetas, que Zenatello le entrega en un billete esta tarde, antes de salir.

Con sus cosas resueltas y contento de emprender su nueva vida sin grandes incertidumbres, le he dejado en el tren a las seis de la tarde. Me ha emocionado mucho decirle adiós y él también se ha conmovido.

Va a empezar un camino y puede tener ilusiones y esperanzas.

También ha salido esta tarde para Barcelona Jerónimo Granell, el novio de Teresa. Creo que han hecho las paces hasta cierto punto y yo pienso que he ganado en él a un buen amigo.

Esta mañana he estado a saludar al nuevo ministro de Instrucción, Joaquín Salvatella —muy buen amigo mío.

Me ha prometido arreglar mis asuntos, satisfaciendo a mis deseos que se reducen a lograr una cátedra en el Conservatorio.

**8-XII.** El santo de Nini. En casa se ha celebrado un poco, con gran satisfacción mía, porque me encantan estas fiestas familiares. Ha pasado el día con nosotros Conchita, porque teniendo fuera de Madrid a su marido, no hemos querido que pasara el día sola. Mercedes le ha regalado un paño, de labor popular, para el arcón de su salita.

Estoy leyendo *Rasputin*, de Bienstok.

**9-XII.** Hoy ha cerrado las puertas todo el comercio de Madrid y en manifestación de muchos miles ha ido este pueblo a la Presidencia del Consejo a protestar de lo que ellos llaman «el separatismo catalán». Lo más triste —y todo es bien triste en esta disputa— es que los manifestantes han dejado en manos del presidente del Consejo unas conclusiones compuestas de dos bases que vienen a tener el valor de dos *colmos* de café.

*Esto* acaba. *El Sol* califica de «maniobra insensata» esta manifestación. Es, además de insensata, estúpida. Y la más numerosa de cuantas manifestaciones he presenciado yo en Madrid.

Creo que ha habido un incidente a última hora. Me dicen que un catalán ha sido atropellado y yo siento en mi corazón mucha amargura y casi odio.

He asistido al estreno de una obra de López Pinillos *Esclavitud*. Enrique Borrás ha abocetado un tipo y ha tenido, hacia el último acto, dos momentos gigantescos. Pero a mí me parece que no había allí más que el andamio de una obra. Prefiero, del mismo simpático autor, *A tiro limpio*, que vi el año pasado. En la obra que acabo de aplaudir esta noche me han interesado el tipo del cacique, bien dado, y el del secretario del Ayuntamiento (Borrás), que habría sido mejor y más nuevo; pero al que le ha faltado la exteriorización adecuada: es un tipo *visto*, pero que *no vive*. Los demás, secundarios, incoloros. En su sinuosidad, bien marcada, tiene cierta literaria verdad el carácter de *Sacris*.

Y seguridad y ausencia de poesía y humanidad en todas las escenas que deberían tenerla. Pinillos es todo, menos poeta, en esta obra. Tal vez en todas.

**10-XII.** No era catalán el atropellado ayer.

Hoy la prensa da como el éxito grandioso de una obra perfecta el estreno de anoche. Parmeno estará muy contento y por eso me alegro; pero sigo pensando lo que ayer escribí.

Esta tarde hemos salido. Hemos visto la puesta de sol sobre la Casa de Campo, desde el balcón de la Armería: el mejor espectáculo que ofrece Madrid.

**11-XII-1918.** Maura recita un discurso mostrando su absoluta incomprensión del problema catalán. Toda la Cámara, efusivamente, le ovaciona. El Gobierno también.

Este «fuego de virutas» en el que Maura, al fin y al cabo, es el único que ha puesto el fuego, puede traer conflagraciones más graves.

**12-XII.** Cambó, ante la incomprensión de las ideas y reclamaciones catalanas con que tropieza en el Parlamento y fuera del Parlamento, se retira, con la minoría catalana, del Congreso. Se retiran, con él, los republicanos, hábilmente aludidos, y Cambó logra convertir en un hecho tangible el confuso fantasma ideológico de la «autonomía». Ahora el *hecho* está en marcha; y ésta habrá sido la habilidad de Cambó.

**13-XII.** Algunos diputados catalanes y otros republicanos han salido para Barcelona.

.....

**20-I-1919.** Me he colado en el nuevo año casi sin sentirlo.

He terminado la opereta que me comprometí a escribir en colaboración con Junoy.

Releo algunas líneas de lo anteriormente anotado. Creo que algunas las haya escrito otro hombre —no sé quién—; pero hoy me resulta un foraste-

ro de mí mismo. Además, poco simpático. Le voy a mandar de redactor a *El Sol* para que aprenda a dar su verdadero valor de moldes de mediocridad a las opiniones de los periódicos.

He salido algo de casa estas noches pasadas.

Zenatello y Nini debutaron en el Real con éxito indeciso; pero lo han ido rectificando. Giovanni acabó por tener una acogida cálida y entusiasta la tarde que cantó *Payasos*. Lo hizo muy bien.

He asistido al estreno de *La ley de los hijos*, de Benavente. Un boceto de obra mal enterañada y apenas hecha.

Se abrió el Princesa. El *Ecce Homo* de Tamayo tiene dos interesantes figuras de muchachos a lo Espronceda, a mí me evocaron emociones literarias; un poco del vaho de una época. Desgraciadamente, la obra está escrita con una preocupación moralizante, en católico, que le quita toda cordialidad y que aleja constantemente el corazón del poeta del corazón de su asunto. Hay un tipo de mujer hablado con cierto prestigio de lenguaje que, a veces, agrada.

Muñoz Seca ha estrenado, también en el Princesa, una obra, *La verdad de la mentira*, que casi está bien. Es absolutamente imposible que un concepto del teatro en el que Muñoz Seca pueda moverse ágilmente y hasta producir obras aceptables, sea un concepto lícito y defendible de obra de arte. Debe haber ahí un error enorme, dentro del cual nos hace persistir y andar como por el único camino posible, la fuerza de la rutina colectiva y la misma profundidad de este error que ha ido cayendo por su propio peso en lo más hondo de la conciencia general. Hay que remontarse, de repente, en línea recta, y horadando todas las atmósferas de estupidez que tenemos encima, hay que salir, a flor de infinito, de una vez. Es todo el concepto del arte dramático, de arriba abajo equivocado, el que hay que rehacer. Y eso, sin teorizar, con obras.

**25-I-1919.** He almorzado con Dato, Sánchez Guerra y Junoy, una mañana en el Ritz, porque Junoy se empeñó en que leyéramos a esos dos amigos suyos la opereta. Les ha gustado. A mí me han tratado con una cortesía exquisita. Dato desconoce totalmente la atmósfera activa del momento en que vive. Da la impresión de un hombre que hubiera querido hablar de la electricidad en el siglo XII. Sin duda, entonces debían producirse fenómenos naturales cuya única explicación era esta fuerza. Sin duda, entonces, algunos hombres mediocrementemente superiores al ínfimo fondo de la humanidad tratarían de explicar estos fenómenos. Los razonamientos y discursos de estos hombres, si hoy nos fueran conocidos, yo creo que me producirían un efecto parecido al que me ha producido Dato hablando de la actualidad española.

**2-1919.** Han nombrado inspector general de Enseñanza al señor don Felipe Clemente de Diego. He estado a saludarle en el Ministerio, donde, desde los tiempos de Rodas, tengo el cargo de secretario de la Inspección General de Enseñanza. No hay nada que hacer allí. Se trata de un organismo puramente formal, que no responde a ninguna realidad de servicio pú-

blico. Ni siquiera tenemos oficina, ni aún existía legislación concreta sobre inspección general de Enseñanza cuando Rodes me nombró para el cargo.

En las interinas modalidades de la Administración pública española son infinitos los resortes muertos, como éste de la Inspección General de Enseñanza, que devoran sus migajas del presupuesto sin utilidad, siquiera posible, para la cosa pública.

Don Felipe Clemente de Diego, que procede de la Junta de Ampliación de Estudios, es un hombre animado de buena voluntad, pero tal vez excesivamente funcionario. Sin embargo, viene animado de buenos propósitos. Ha sumido, por indicación del ministro y del subsecretario, las funciones dobles de inspector general de Enseñanza Secundaria (resorte muerto) e inspector general de Primera Enseñanza, donde hay más que hacer. El Gobierno ha nombrado para este segundo cargo a una de esas personalidades de quienes se sabe de antemano que no han de desempeñarlo. Las oficinas de las dos inspecciones se han unificado y así hay algo de trabajo. Pero no se han amortizado las plazas. De modo que ahora en nuestra oficina se hace algo; pero no es de mi incumbencia, porque aunque es el inspector mi jefe quien lo hace, ello corresponde al departamento de Enseñanza Primaria, que no es el mío.

¿Dimitir...? De buena gana presentaría mi dimisión; pero el mes pasado cobré de mil liquidaciones en la Sociedad de Autores 65 pesetas y no espero cobrar mucha más el mes que viene.

Sigue preocupándome de una manera agobiante y fatal el problema de mi vida con los míos.

**7-2-1919.** Tengo en cama, con gripe, a mi mujer y a Luis. No parece que sea importante su dolencia. He empezado la traducción de *Rey y monje*, de Guimerá, que me encargó Enrique Borrás para estrenarlo esta primavera en Barcelona y el año que viene en Madrid.

También he comenzado el cuento *Un caballero desconocido* para la *Novela Corta*. Lo tengo cobrado desde el mes de enero.

En los últimos días de dicho enero envié a la redacción de *Blanco y Negro* el original de un juguete poético representable que Luca de Tena me había encargado. Llevo una buena temporada de trabajo.

**18-2-1919.** Tengo copiado y corregido el cuento *Un caballero desconocido*, que envío mañana a *La Novela Corta*. Me ha gustado mucho escribirlo.

**24-2-1919.** Trabajo activamente en la traducción de *Rey y monje*. Llevo cerca de dos actos traducidos. En algunos detalles de estructura queda este drama un tanto anticuado, pero hay en él un soplo violento de tragedia que ya parecía desterrado del teatro contemporáneo. El teatro de hoy no es rey y monje; pero hay en esta tragedia más cantidad de buena sustancia para el teatro de hoy que en los éxitos del día: *Sueño de una noche de agosto*, *Esclavitud*, *La señorita está loca*, etc.

**26-2-1919.** Hemos empezado con Mercedes, repuesta ya, como mi hijo. la copia en limpio de mi traducción de *Rey y monje*.

Borrás me ha escrito desde Zaragoza reclamándomela, para ponerse a estudiarla en cuanto llegue a Barcelona (marzo 22). También tengo carta de la Xirgu anunciándome que ha empezado a estudiar *Alimaña*, y sometiéndome algunas dificultades de reparto. Me recuerda mi promesa de asistir al estreno en Granada.

Para el año que viene se han reunido las compañías de la Xirgu y Borrás, que harán juntos una temporada larga en el Teatro del Centro.

Tendrán para estrenar juntos *Alimaña* y la traducción de *Rey y monje*.

Me propongo asistir al estreno de *Alimaña* en Granada, y allí leeré a Margarita la traducción de *Rey y monje*, para que ésta vea si se compromete a estrenar en Madrid el año próximo el papel de «Jimena».

Nuestra copia avanza a grandes pasos.

**27-2-1919.** Hemos entregado a J. J. Cadenas, empresario del Reina Victoria», el original de la opereta mía y de Junoy *Las pobres millonarias*. Cadenas nos ha dicho que la considera de éxito y dinero. Nos cita particularmente el acto primero y el último. Parece sincero en sus alabanzas y en el grado de su excelente buena impresión. Quedamos en que sea Rafael Calleja quien haga la música. Determinamos para fecha de estreno los primeros días del próximo mayo, y si no hubiera lugar por durar el éxito de *Las Verónicas* (de Vives y Muñoz Seca), que ha de estrenarse antes, aplazaríamos el de nuestra opereta para las primeras semanas de la temporada próxima. Junoy está contentísimo y lleno de gozo. Yo, en realidad, no me había propuesto otra cosa que la satisfacción de este excelente amigo, al colaborar con él en la opereta. De modo que ya estoy contento.

Dato y Sánchez Guerra nos devolvieron el otro día el almuerzo del Ritz, invitándonos a otro almuerzo en el Nuevo Club.

Ha sido un excelente rato y en un ambiente amable, hablando de cosas generales.

**1-III-1919.** Hemos copiado en un día el segundo acto de *Rey y monje*. Nos disponemos a copiar mañana el tercero y último.

Definitivamente, yo pienso salir pronto para el estreno de *Alimaña* en Granada y deseo llevar allí, perfectamente copiada y corregida, mi traducción.

**3-III-1919.** Recibo cartas de Gregorio Martínez Sierra para encargarme de algunas labores editoriales. Yo jamás me había preocupado en serio de la edición de mis obras que, sin embargo, me producen buenos ingresos. Quiero dejar este año, antes de salir para edl veraneo, bien determinadas y concretas mis relaciones con un buen editor; aunque para ello tenga que romper con *Renacimiento*, mi editor desde *Doña María la Brava*.

En este sentido doy algunos pasos y empiezo a pensar en un plan de contrato.

Toda la labor de administración de mi trabajo la he descuidado siempre y no tengo cerca de mí nadie de quien echar mano para ello. Pero me es urgente subvenir a esta necesidad si en mis años graves pretendo realizar

obra sólida. Hoy por hoy, me encuentro notoriamente en el aire, a pesar de una labor que asusta y habría agotado a cualquiera.

**2-III-1919.** He hablado con Pueyo, un editor de cierta iniciativa y bastante buen comerciante. Me ha parecido un hombre que dice: «Deme usted sacos de serrín en forma de libros y yo los venderé.» Para él, el libro es una cosa con cubiertas y un título. Necesitaría este ágil y despierto muchacho vendedor una mente, a su lado, que le sirviera para medir hombres y libros un poco mejor que sus útiles de tendero entusiasta.

Por la noche hablo con Martínez Soria, quien me comunica ulteriores puntos de vista sobre *Renacimiento* y me deja entrever la posibilidad de un contrato, a base de un tanto mensual mínimo, que es mi desideratum de contrato.

Me compra una novela en mil pesetas y prometo entregarle el original a principios de junio.

También le ofrezco, para Catalina Bárcena, una comedia titulada *Curiosidad*, que me pondré a escribir a mi regreso de Granada. Ya la tengo vista y planeada en conjunto.

**9-III-1919.** La revista *España* me pide permiso para publicar fragmentos extensos de mi conferencia sobre Alfonso X, con la que inauguré este año en el Ateneo el curso sobre «Figuras del Romancero».

Tuvo mucho éxito y parece que me atrajo las simpatías de muchos escritores jóvenes que me creían —es la leyenda— orgulloso, desdeñoso y envidioso.

**4-III-1919.** He decidido salir de Madrid el día 8 para ver algunos ensayos de *Alimaña* y presenciar su estreno el día 13 en Granada. Para poder hacer el viaje me quedan afortunadamente algunos kilómetros en mi billete del verano. Pediré además un anticipo en *Renacimiento*, a fin de poder dejar unas pesetas a mi mujer. Hasta ahora éste ha sido, en punto a ingresar, el año peor de mi vida.

Hay que tener en cuenta que María y Fernando no han estrenado, porque no tienen nada nuevo mío —y que, además, no han repuesto ninguna de mis obras de repertorio.

El movimiento teatral no empezó para mí hasta hace unos días, con el estreno, en el Liceo de Barcelona, de mi drama lírico *La Morisca*, que ha tenido un gratísimo éxito de libro y de música; pero que, naturalmente, por la índole especial de los tratos que hay que hacer en España con los teatros líricos, me reportara poquísimos dinero.

A pesar de que nunca es airosa la situación de quien está en las manos de otro para poder vivir, este año, sin Zenatello y Nini, que, al hospedarme en casa durante el ejercicio del Real, tomaron sobre sí el gasto de la casa y el alquiler de la misma, yo no sé cómo me habría arreglado. El ahorro que esta especie de pupilaje me ha significado, no sólo me ha permitido escribir con cierto descanso varias obras, sino pagar algunas deudas antiguas, reduciendo a 1.730 pesetas mi pasivo, que al comenzar noviembre era de 3.573 pesetas.

**5-III-1919.** Han hecho en Barcelona un homenaje cariñoso al maestro Pahissa, autor de la música de mi *Morisca*. Le he enviado un telegrama y un abrazo cordial.

**6-III-1919.** He telefonado a Margarita Xirgu anunciándole mi llegada para el domingo, día 9. Estoy con un buen ánimo que hace tiempo —años— no había tenido.

**7-III-1918.** He tomado en *Renacimiento* un anticipo de 300 pesetas. Dejaré la mitad a mi mujer y con la otra mitad en el bolsillo emprenderé mi viaje. No sé qué efecto me producirá *Alimaña* en la que no he vuelto a pensar desde que envié su copia a Margarita. Después de eso he escrito *Las pobres millonarias*, mi conferencia sobre *Alfonso X*, el cuento *Un caballero desconocido*, el juguete poético ... y *basta*, y la traducción de *Rey y monje*, sin contar los trabajos pequeños de colaboración en periódicos americanos.

**8-III-1919.** Debía salir esta tarde. Mi hijo Luis, que como hoy es sábado venía de la Residencia para almorzar en casa, ha caído en cama y está con una fiebre de 40 grados. Creemos que se trate de un [ilegible] relacionado con el estómago. Pero de todas maneras, así no le dejo y aplazo mi viaje.

**9-III-1919.** Luis ha descendido mucho de temperatura y Sandoval, mi médico, me asegura que puedo emprender hoy mismo el viaje; a pesar de esto yo telegrafí a Margarita que aplase el estreno si es posible y decido no salir hasta mañana, lunes, por la tarde. El aspecto de Luis es perfecto y la temperatura roza hoy los 37 grados. Le velamos su madre y yo.

**10-III-1919.** Luis ha amanecido con 37 grados; ha pasado muy bien el día y está ahora mismo, las cinco de la tarde, a 36,8. Mercedes está en este momento disponiendo mi maleta y yo tomaré el tren correo de Andalucía a las nueve de esta noche.

... He bebido en casa una taza de café con leche y he tomado un poco de ternera fría. He dado un beso a Luis. Mi querida Mercedes me prepara las cosas a última hora: los guantes, el abrigo, la gorra de viaje; se cerciora de que ha puesto en la maleta la copia de *Rey y monje*. Ahora disponen que bajen mi pequeño equipaje por la escalera de servicio. Yo guardo mi estilográfica en el bolsillo y esta libreta con ella. Mi mujer viene a decirme que ya es hora. Me despedirá a la puerta de casa y se irá en seguida, a sus rezos, junto a la cama de Luis.

**11-III-1919. Estación de Moreda.** Llevo un viaje molesto desde Madrid. El tren atiborrado de gente y un trasbordo en Baeza a las seis de la mañana. Ahora —las doce y pico—, nuevo trasbordo aquí, en Moreda. Constantemente en mi compartimento cinco compañeros de viaje que hablan mal de los catalanes... Me da la sensación de atravesar no sólo un país extranjero, sino una tierra enemiga. Y ello, no por mí, sino por lo que oigo a mi alrededor.

A medida que nos alejamos de Madrid, el problema del sindicalismo agrario andaluz se manifiesta por el inusitado movimiento de fuerzas de la Benemérita en todas las estaciones. Las gentes aseguran que de esto también tienen la culpa los catalanes. Me ha dicho un señor que él levantaría al pie de la estatua de Colón, en Barcelona, una pared de diez metros de alta y contra ella, a la vista de todos, fusilaría a Cambó, Ventosa y otros tantos así... Otro, si fuera capitán general, retiraría la fuerza y la emplazaría en Montjuich. Desde allí, al menor intento de protesta, arrasaría toda la ciudad. Lo sentiría —dice luego—, porque es una ciudad hermosa, pero... Otro, daría la independencia a Cataluña; pero con *tres fronteras*. Y no dejaría salir artículos sin gravarlos enormemente; y no dejaría entrar artículos sin recargarlos de precio *hasta lo imposible*... Yo soy el único catalán que va en el vagón. Callo. Leo a ratos unas *Memoires de comediennes*, de Paul Ginisty, por cierto bastante sosas... Me encuentro solo, más solo que hace ocho años, la mañana que entré en Varsovia, con mi mujer, sin saber ella ni yo una palabra de alemán, de ruso, ni polaco.

Aquí, en Moreda, he comido con un excelente apetito y ahora tomo el tren. Llegaremos a Granada a las tres y unos minutos de esta tarde. La entrada a la ciudad por estas partes de Moreda es áspera, monótona y fea. Creo que, por casualidad, no llevamos retraso.

**12-III-1919.** En el Hotel Alameda de la Alhambra. A las doce y media de la mañana. Regreso de la Alhambra. He escrito a mi mujer, desde allí, en el despacho del archivero de la Alhambra, Manuel de Góngora, poeta granadino y excelente amigo mío, una larga carta con detalles. Voy a...

ANDRÉS AMORÓS  
Universidad Complutense. Madrid  
(España)